

ALVARO CHAVES MENDOZA ¡¡ADIOS DOCTOR!!

*Yo quiero que a mí me entierren
como a mis antepasados
en el fondo oscuro y fresco
de una vasija de barro.*

El último viaje que Alvaro Chaves Mendoza emprendió de Bogotá a Tierradentro, el sitio de su investigación arqueológica en arquitectura funeraria, al cual él dedicara profunda atención durante años, fue el pasado 29 de mayo, doce días después de haber fallecido el 17. Sus cenizas, para atender a sus deseos, serían dejadas allí en uno de los hipogeos precolombinos del Alto de Segovia.

Abandonaba a Bogotá, su residencia permanente desde cuando después de terminar su bachillerato en Pamplona, el lugar de origen de su familia, viniera a estudiar arquitectura en la Universidad Nacional, luego antropología en el Instituto Colombiano de Antropología ICAN y un doctorado en historia de América en España en la Universidad Complutense de Madrid.

A principios del decenio de 1960 Alvaro Chaves, decidió suspender su tesis de grado como arquitecto para dedicarse completamente a la antropología. Con una docena de jóvenes profesionales y universitarios, cursaba el programa que ofrecía el ICAN en la sede del Museo Nacional, antigua cárcel nacional conocida como El Panóptico. La posibilidad de obtener respuestas sobre el ser humano y particularmente sobre el colombiano, por fuera de los dogmas religiosos y políticos, pareció ser el ímpetu vital que animó al grupo que fielmente permaneció en el programa hasta obtener su grado en antropología en 1964. Quienes formamos parte de la larga mesa de terciopelo rojo alrededor de la cual nos reunimos año tras año para recibir las clases, los seminarios y oír de viva voz a los notables de la disciplina -colombianos y extranjeros- recordamos el interés y la sinceridad de Alvaro Chaves. Con estudio, sencillez y naturalidad construyó el perfil profesional tranquilo que mantuvo durante el ejercicio de su desempeño como escritor y en sus tareas docentes e investigativas. Así como en aquellas de dirección de departamentos de enseñanza de antropología en diversas universidades, y en la museos en varias ciudades del país.

Nunca fue posible conocer las razones que Alvaro Chaves tuvo para dedicar su mayor interés a la arqueología en Tierradentro, cuya riqueza estriba en la síntesis arquitectónica y pictórica de sus hipogeos o grandes tumbas subterráneas y en el pensamiento filosófico que expresan las prácticas funerarias de los aborígenes de esa región desde el siglo VI y hasta el VIII. Su sentimiento de privacidad siempre fue más fuerte que la pregunta inquisitiva del colega o del periodista. Su sonrisa casi enigmática fue la única respuesta.

Frente a su incansable actividad, a su devoción profesional, a su identificación casi poética con Tierradentro, utopía de permanencia del ser humano, uno se pregunta el alcance de la influencia de su hogar compartido con 8 hermanos. Con un padre ingeniero de minas, educado en Alemania y dueño de un pensamiento libre de ataduras religiosas debió ser interesante crecer con el contraste de un ambiente recalcitrante por parte de

otras alas de la familia en torno a dogmas del catolicismo y a normas de determinados núcleos sociales en su región de origen. ¿Acaso estas circunstancias se conjugaron en el modo íntimo y a la vez convivencial de su ejercicio profesional?

De otro lado, su obra resalta un interés especial por describir y descifrar los símbolos de la vida y de la muerte en el ceremonial aborigen, la búsqueda del significado de la máscara como ícono ritual en el amplio espectro del arte y de la artesanía de América precolombina y contemporánea. Con todo, su espíritu de científico siempre estuvo anclado en la arqueología de Tierradentro, pese a que en los últimos años hubiera tenido que dedicar su trabajo al estudio de grupos indígenas contemporáneos en el Litoral Pacífico.

Desde 1974, Alvaro Chaves hizo parte del grupo de antropólogos que acogimos el ideario *Zazacuabi*, un programa de publicaciones originado a partir de reflexiones sobre los dilemas en torno al tipo de discurso adoptado por la antropología y la urgencia de comunicación de la ciencia por fuera de las alambradas del lenguaje de código académico. Su ensayo con una narrativa directa y el acople de ilustración visual sobre Tierradentro se publicó en 1976 en la serie de filmilibros con la co-autoría del arqueólogo Mauricio Puerta Restrepo. Más tarde la misma serie publicó su trabajo *Máscara precolombina*. A partir de estas experiencias, Chaves colaboró asiduamente en numerosas revistas nacionales e internacionales de divulgación con un discurso franco y de impacto entre amplias gamas de lectores. Un estilo que también expresó en conferencias para públi-

cos universitarios y generales convirtiéndolo en asiduo invitado de honor en eventos culturales y científicos. Cualidad que nunca menguó su desempeño académico con reconocimientos como el Primer Premio Nacional de Arqueología en 1976, por su trabajo en Tierradentro.

El sábado 30 de mayo de 1992 fue un día soleado en San Andrés de Pisimbalá, la población en donde se alza el museo arqueológico de la región de Tierradentro. Al mediodía, las cenizas de Alvaro Chaves que habían permanecido desde su llegada en el recinto del museo emprendieron su camino hacia el Alto de Segovia, llevadas por la gente del lugar, en la compañía de sus familiares más cercanos, del arqueólogo Mauricio Puerta Restrepo y de la presencia simbólica de sus compañeros de estudio en la larga mesa de terciopelo rojo del viejo ICAN: Gonzalo Correal Urrego, Pablo Gamboa Hinestrosa, Lucía De Francisco Zea, Liborio A. Sánchez Avella, Inés de Balceró, Ana María de Chaves, Jaime Chamorro, Rafael Rivera Domínguez, Luis Balceró Gómez, Huberto González G., Miguel Méndez, Ligia Neira Leal, Berta Restrepo (qepd), Andrés Soriano Lleras (qepd), Alicia Méndez V., Alberto Amaris Mora y Nina S. de Friedemann. Con salmos, letanías y canciones de la tierra habían pasado la noche anterior. Era el homenaje que le

habían preparado al arqueólogo Chaves. Se evocaban otras noches alrededor de fogatas de alegría cuando al término de tal o cual fase de una excavación, Alvaro alcanzaba a extrovertirse cantando y bailando esa tonada andina de Valencia y Benítez:

*Arcilla cocida y dura
alma de verdes collados
luz y sangre de mis gentes
sol de mis antepasados*

El cortejo subió la montaña hasta alcanzar el alto donde está el hipogeo N° 8. Las flores rojas de los cámbulos y enormes mariposas de brillo azul metálico vieron pasar el aroma de los jazmines que la gente de la región había conseguido para el arqueólogo que según su entender había logrado que la historia antigua de la región se conociera en muchos lugares.

A modo del ceremonial de entierro secundario aborigen, las cenizas de Alvaro Chaves fueron vertidas en la pequeña urna que alguien contó había sido excavada por el mismo años atrás. Adentro, en el recinto funéreo donde él había trabajado más tiempo en sus investigaciones, sencillamente se procedió a enterrar la urna al pie de una de las columnas perimetrales en cuyo remate aparece un rostro humano en relieve.

¡¡ADIÓS DOCTOR!! fue el grito de mujer que cayó con la tierra sobre la urna. Inesperadamente alguien empezó a cantar el resto de la tonada andina que Alvaro bailaba en las noches de fogata:

*Yo quiero que a mí me entierren
como a mis antepasados
en el fondo oscuro y fresco
de una vasija de barro* ♦

Nina S. de Friedemann

*Antropóloga
Miembro de la Expedición Humana
Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá*